



CAPITULO LVIII

CAPÍTULO DE LOS MENOS PARECIDOS Á LOS DE CIDE HAMETE BENENGELI

No á mucho andar llegaron á unos escombros donde el musgo, cabellera de las ruinas, está sobresaliendo entre hierbas silvestres y plantas espinosas. D. Quijote de la Mancha y su escudero, atadas á un árbol sus caballerías, se habían metido entre esas difuntas piedras, hasta que dieron con una elipse anchurosa, que manifestaba haber sido teatro de gladiadores ahora ha dos mil años. Apoyado en su lanza D. Quijote, dejó venir á la memoria los sucesos de las edades pasadas, y dijo á su escudero: «Estas, sin duda, son las ruinas de Itálica. Aquí, en este sepulcro olvidado, nacieron tres señores de la tierra: Trajano, el vencedor de los Partos; Adriano, el príncipe curioso que quiso remedar en Italia las grandes cosas de la Grecia; y Teodosio, emperador de los buenos y grandes. Este circo donde nos hallamos sirvió de arena á los atletas, y no poca sangre ha bebido la tierra que están hollando nuestras plantas. — ¿Quiénes eran atletas, señor?, preguntó Sancho. — Algo se ha de conceder á tu ignorancia, respondió D. Quijote: atletas eran unos hombres fuertes que luchaban en presencia del emperador y el pueblo, hasta cuando uno de los dos campeones perdiera la vida. La pelea no se hacía con armas, sino á puño cerrado; de modo que se fracasaban el pecho y desbarataban la cabeza. — ¿Entre cristianos sucedía eso?, preguntó Sancho; ¿y qué era de la Santa

Hermandad? — ¿Qué Santa Hermandad, cuando te he dicho que esas eran fiestas públicas? ¿Querías que los gendarmes le hubieran echado mano al colete al emperador? — Pesia mí, replicó Sancho, si el emperador mismo hacía eso, ¿á quién se queja? — ¡El emperador no se queja á nadie, malandrín! Tú eres capaz de enturbiar el más claro entendimiento: mucho me temo que si yo tratara contigo un año más, acabara por ser tan menguado como tú. Un tonto me deprava, me pervierte la inteligencia: en plática, disquisición ú oposición, él lleva el gran partido de su pesadez y su porfía. No me pongas más dificultades, y mira el socavón formado por esas grandes piedras: ¿quién dice que no habrá sido allí el templo de Júpiter ó el de todos los dioses? — Si vuesa merced me da licencia, volvió Sancho á decir, le he de poner una dificultad: ¿cuántos dioses había antiguamente? — Hábalos en gran número, pero se fueron. El que hoy reina es tan alto, ancho, profundo; tan grande en todas direcciones, que llena cielo, espacio, tierra, y no hay lugar para otros. Ahora contempla estos peldaños carcomidos, vestigios de graderías donde el pueblo se sentaba á deleitarse viendo correr la sangre de sus semejantes. ¡Cuántas damas principales y cuántos señores, cuánta flor y nata de la nobleza y cuánto vulgo ruin, cuántas gentes de todo linaje acudieron á este recinto y aplaudieron los golpes de los gladiadores, llenando de horrible animación estos ahora desiertos campos! Todos yacen, grandes y pequeños, ricos y pobres, amontonados unos sobre otros en los senos profundos de la eternidad, sin amarse ni aborrecerse, sin estrecharse ni molestarse, quietos y callados para siempre. En el mundo gritan los mortales y levantan un ruidoso torbellino; allá, al fin del tiempo y de la vida no se hace sino dormir, buen Sancho, y sueño largo, intenso, imperturbable, sin quimeras ni pesadillas, sin anhélito ni convulsiones. Se duerme de una pieza, de siglo á siglo, en medio de tal silencio, que no se oyen ni los pasos de los que van llegando, porque todos llegan sin ruido: los monarcas sin alabarderos y maceros, sin postillones ni trompetas; los príncipes sin comitivas de parciales ni aduladores; los ricos sin

boato, los sabios sin sabiduría, los valientes sin valor, los héroes sin hazañas, los jóvenes sin juventud, las bellas sin belleza. Está en los umbrales de la otra vida un comisario invisible que todo lo secuestra en provecho del olvido. Bienes de fortuna, títulos, veneras y condecoraciones; poder, orgullo, vanidades, allí son consumidos por un fuego oculto, sin que de esos combustibles queden ni cenizas. La muerte nos mide á todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. Aquí suelen quedar resonando los nombres de esos que se llaman héroes, conquistadores, genios; á la eternidad no llega el retintín de la fama. Las ciudades mueren como los hombres, las naciones como las ciudades: para la muerte, lo mismo es emperador que mendigo, aldea que metrópoli de un reino.»

Aquí se detiene el historiador para advertir de nuevo que nadie tenga por cosa extraña este modo de expresarse en un loco; pues, como se ha dicho más de una ocasión, no lo era don Quijote sino en lo concerniente á la caballería, mostrándose, por el contrario, cuerdo y hasta sabio en lo que no tocaba á su negro tema. «¿Según esto, dijo Sancho, nuestras aldeas han de desaparecer también con todas sus casas y sus habitantes? — ¿Qué duda cabe en eso?, respondió D. Quijote. — Se me hace cosa dura, replicó Sancho, el considerar que dentro de cincuenta años no hemos de vivir ni yo, ni mi mujer, ni mi hija, y que hasta mi pueblo habrá desaparecido del haz de la tierra. — Affíjate la consideración, dijo D. Quijote, de que dentro de cien años no vivirá ninguno de los hombres que hoy pueblan el globo, y no el temor personal de que dentro de cincuenta habrás perecido con tu mujer y tu hija. ¿Cuántos serán los que han muerto desde nuestro padre Adán hasta nuestros días? Hazme, Sancho, este cálculo curioso que no he visto en ninguna parte. — Desde nuestro padre Adán, respondió Sancho, habrán muerto hasta unos quinientos. — Unos quinientos Sanchos Panzas, puede ser, replicó D. Quijote; y el mundo aún no se ve libre de ellos. ¿Qué sandez me tendrás guardada para mañana? ¿Ni lo grande de la escena, ni lo triste del paraje, ni los recuerdos que

este lugar despierta en la memoria te harán proponer una idea sensata? Di lo que quieras; mas yo he de impedir que se difunda error tan craso como el pensar que desde nuestros primeros padres hasta hoy no hubiesen muerto sino quinientas personas. ¿Los que se van recién nacidos; los que sucumben al año climatérico; los que no vencen los peligros de la pubertad; las víctimas del hambre y la peste; los que caen en el campo de batalla; los que se rinden á los sinsabores, congojas y miserias; todos estos, me parece, compondrán algo más que quinientos honrados difuntos? ¿Y cuántos se llevan las innumerables cohortes de enfermedades que nos tienen como sitiados de día y de noche? Desde que existe el género humano han desaparecido tantos hombres cuantos han de desaparecer hasta cuando el globo terrestre desocupe el espacio. Fenicios, babilonios, filisteos, todos se han desvanecido como sombras. Medos, persas, tirios se han disipado como vapor de agua. Griegos, romanos, judíos, nadie existe. Y nuestros padres mismos, ¿dónde están? ¿Los godos, los visigodos, los vándalos? Si se alzarán del sepulcro cuantos son los hombres que han vivido, y se vinieran hacia ti á darte la desmentida, ¿en qué pararas tú? Mira esa muchedumbre inmensa cómo surge de los abismos y se aproxima á nosotros llenando montes y valles; oye ese tropel profundo de los que en confusas legiones adelantan á decirte en tu cara que mientes cuando afirmas que desde el principio del hombre no han muerto sino quinientos individuos. — Haga vuesa merced que se dispersen y no lleguen, respondió Sancho, fingiendo una inquietud que realmente no sentía; sin necesidad de esa desmentida, creo y confieso que han muerto hasta hoy más personas que pelos tengo en la barba. — Déjalos llegar, repuso don Quijote, y verás lo que no has visto, y conocerás á los que no has conocido. Largo fuera el contar los pueblos y naciones que ya no viven. ¿Pues las ciudades? Babilonia, Tebas la de las cien puertas, Menfis, Amatonte, Gerra, y otras tan opulentas como célebres. Los arqueólogos rastrean hoy los lugares donde fueron, ó un montón de piedras indica el sitio donde se levantó cada

una de esas magníficas moradas de los hombres. ¿Qué mucho si de Itálica no quedan sino estos vestigios trabajados por el tiempo, que desaparecerán á su vez? De Sagunto sobra menos, y nadie sabe dónde fué Numancia. Nuestros descendientes harán las mismas reflexiones, de aquí á dos ó tres mil años, cuando en su melancolía contemplen los vestigios de las ciudades hoy vivas y robustas. Aquí fué Zaragoza, dirán unos; aquí fué Gades, dirán otros. ¿Oyes cómo la corneja rompe este silencio con su grito fatídico? Es el habitante de las ruinas, triste como la muerte. Vámonos, Sancho; el corazón se me está llenando de una tristeza que no es la mía. — Cuanto y más que ya obscurece, respondió Sancho, y añadió: ¿No puede el rey levantar y reedificar esta ciudad, y poblarla de nuevo como estaba antes?

— «El pueblo destruído, los muros trastornados
Nunca jamás non fueron fechos nin restaurados.»

respondió D. Quijote con Gonzalo de Berceo, y salió de los escombros en busca de su caballo.



CAPITULO LIX

QUE TRATA DE LA ÚLTIMA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ Á NUESTRO
BUEN CABALLERO D. QUIJOTE

Aquí se le ocurrió de nuevo á Sancho Panza tentar el vado para su eterna pretensión de irse á su casa de buenas con su amo; y como hallase no tan mal templada la guitarra, salió del medio rebozo y dijo: «¿Si diésemos por concluídas nuestras aventuras, señor, y tornásemos á nuestro pueblo á vivir como hombres de bien y buenos cristianos? Harto hemos hecho por la fama; convendría ya que mirásemos un tanto por la felicidad doméstica. — ¿Por no dar la última mano á la obra, respondió don Quijote, serías capaz de quedarte sin tu reino? ¿Ahora que todo está hecho quieres que nos volvamos á vivir como unos guardamateriales, ó como poetas compungidos que pasan la vida mirando á las estrellas? — ¿Es cosa mala ser poeta?, preguntó Sancho. — No digo eso; lo que digo es que es malo ser de los insignificantes é inútiles; de esos majaderos que no sirven ni á Dios ni al diablo. Mas ojalá que la poesía no faltara de ninguna de las profesiones, como no falta de la caballería andante. Tristán de Leonís, no solamente se regalaba con hacer trovas muy puestas en orden, sino también era gran tañedor de arpa. Tañendo y cantando infundió en el corazón de la reina Iseo el amor al cual sucumbieron uno y otro. D. Duardos, D. Belianís de Grecia, D. Olivante de Laura, el príncipe Rosicler eran

unos gerifaltes para esto de recuestar en verso á las damas. ¿Y Florambel de Lucea no puso á la princesita Griselinda á deshacerse por él, sin más que tocar su laúd «con tanta gracia y dolor,» que las señoras que le estaban oyendo se pusieron á llorar de enternecidas y apasionadas? Gofre Ricel, trovador provenzal, se dejó morir de amor por la condesa de Trípoli, y se murió cantando su cuita. ¿Pues Nuño Vero?

«Nuño Vero, Nuño Vero,
Buen caballero probado,
Hinquedes la lanza en tierra
Y arrendedes el caballo.»

Este caballero tan probado hincaba la lanza en tierra, arrendaba el caballo, y eran cosa de oír las entonaciones amorosas de su laúd y las trovas con que gemía al pie de las ventanas de su dulce amiga. Una amable necesidad nos pone muchas veces en el artículo de sacrificar á las Musas, como cuando en un castillo alguna enamorada princesa nos canta por la noche en el jardín sus gratos dolores. ¿Qué harías tú en semejante caso? — Si me sé acordar, respondió el escudero, en un cumpleaños de mi hija Marisancha hice unos versos de poner con prólogo en libro. — Con prólogo, biografía del autor y muchas laudatorias, amigo Sancho Panza, según el estilo del día. Por desdichado que seas, admiradores no te han de faltar. Aún puedes hacer otra cosa, y es un cambio de biografías con un compadre tuyo, como ya lo hemos visto: él hace la tuya, tú haces la de él, y nada se quedan vuestas mercedes á deber en las cucamonas. Insi nuaste poco ha que en cierta ocasión habías hecho versos; ¿no me has confesado que no sabías ni leer ni escribir? — No los escribí con pluma, señor; no hice sino afilarlos en la memoria, de modo que cuando llegase la oportunidad saliesen sin pisarse entre ellos y en buena formación. — ¿Y qué tales?, preguntó don Quijote. — Como si los hubiera hecho adrede, respondió Sancho; silbaditos y melosos. ¿No es el modo de hacerlos ir contando en los dedos y dándose de calabazadas? — Así trabajan los tontos,

respondió D. Quijote; y sudan, y pierden el sueño, y amanecen con unas ojeras que da lástima. — Con ojeras yo no amanezco, replicó Sancho; pero así los compuse. — Mal año para ti y para todos los que poetizan como tú. Apolo viene por sus pasos, y no se le arrastra como al degolladero. Aun cuando algunos tengan facilidad para metrificar, y aun cuando el vulgo necio los llame poetas, no lo son. La poesía no está fuera del hombre; está dentro de él mismo: inteligencia y sensibilidad, excitadas divinamente por los genios de la belleza y el amor, esto es poesía. El ingenio, cosa muy diferente del genio, puede llegar á mucho, es verdad: los aritméticos tienen ingenio; ingenio árido, sin jugo bienhechor, que no paladeamos sino con trabajo y disgusto. La poesía es húmeda, olorosa; está manando de una fuente viva; en sus ondas se rejuvenecen y embellecen los hijos de las Musas. Poesía es la perfección del alma: elevación de pensamientos, profundidad de sensaciones, delicadeza de palabras; luz, fuego, música interior, esto es poesía. Hay quienes á esfuerzos de su mediana inteligencia, pujando toda la noche, metrifican mal que bien; éstos serán máquinas de hacer versos. — Según esto, dijo Sancho, ¿yo soy máquina de hacer versos? — ¿Haslos compuesto en gran número? — Hasta unos seis. — ¿Pues qué diablo de máquina has de ser? Si te callas, Sancho, te concedo más numen poético que á Juan de Mena; ni es tiempo de oír sandeces tuyas, pues aventura tenemos.»

Habiendo cruzado la aldea de Santi Ponce, oyeron en una casita el rasgar de una guitarra, junto con la voz más tuna que jácaro ha levantado en ningún tiempo. Era una jira ó festín campestre en que unos buenos frailes de San Francisco se estaban holgando con media docena de muchachas alegres de Sevilla. Detuvo D. Quijote su caballo á veinte pasos de la franchela, y después de contemplarlos en silencio y como admirado durante cinco minutos, sin decir palabra arremetió con ellos á todo el correr de Rocinante. Sorprendidos los frailes, no tuvieron tiempo de ponerse en guardia ni de ver lo que les pasaba, y echaron á huir por esos trigos arremangándose los há-

bitos al tiempo que se ponían en cobro. Aquel con quien topó la lanza de D. Quijote, cayó en tierra, asustado más que herido; y como el caballero se aprestase á cortarle la cabeza, se puso en pie con indecible agilidad. D. Quijote le ofreció la vida como hiciese juramento de ir á presentarse á la sin par Dulcinea; mas como al buen religioso le pareció contra la conciencia jurar falso, pues no había él de ir á presentarse á Dulcinea chica ni grande, se negó á lo que su vencedor mandaba, declarando que antes de jurar tal cosa perdería mil veces la vida. «Pues ahora os vendréis conmigo, dijo D. Quijote, y yo sabré para qué penitencia os guardo.» Mandóle en seguida montarse á las ancas de Rocinante, cosa en la cual tampoco vino el fraile. Ciego de cólera nuestro caballero, le amenazó, lanza en ristre, con pasarle de parte á parte si no obedecía al punto. Cogido de un miedo cerval, se alzó el habitillo el padre, y buenamente se acomodó en las ancas con su gorro á la turca y el cogote al aire. Cuando Sancho Panza hubo caído en la cuenta de que no era batalla de peligro, había echado pie á tierra y dedicádose sin reparo á una canasta de bizcocho y un frasco de aguardiente, y los estuvo acariciando hasta cuando su señor le mandó montar á caballo; orden que fué obedecida sin el menor refrán, observación ni pregunta, cosa rara en uno como Sancho. «¿Qué te parece, dijo D. Quijote andando ya, que hagamos de este sarraceno? — No veo, respondió Sancho, por dónde este buen francisco venga á ser sarraceno. Lo que debiéramos hacer fuera entregarlo á su comunidad, y allá su perlado le infrinja el castigo merecido por estas borracherías. — Ya te dejaste decir infrinja; otro despropósito, replicó D. Quijote. Lo que quisiste decir fué imponga; pues el verbo infligir mismo ha caducado en nuestra lengua. Ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo para que pueda pasar; sírvate de regla esta observación, y no digas perlado, sino prelado. — Yo no entiendo de arnaconismos, dijo Sancho, ni sé de verbos sino que el Verbo divino se encarnó en las purísimas entrañas de María por obra y gracia del Espíritu Santo. — Eso no hay quien lo quite, respondió D. Qui-

jote. En lo de llevar, como dices, á este religioso á su convento, no me parece mal; aunque su perlado le mandará, por castigo, de visitador á una provincia. Tú vas á ver lo que hago.» Como en esta sazón llegaban al monasterio que se levanta á poco trecho de Sevilla, ni por Dios ni por el diablo se hubiera mostrado allí el fraile en postura semejante. Echadas bien sus cuentas, saltó en un pronto del caballo, y entre los árboles y los laberintos de aquel vasto edificio desapareció como una visión, dejando pasmado á D. Quijote.